

# La obra de Juan Ramón Jiménez (\*)

HE aquí poesía para embriagarnos de ella. Para mecernos, abandonando la voluntad plenamente, en el vértigo suave de la claridad y la melodía infinita; para ascender, luego, por la escala espiritual del éxtasis. Con lento y eficaz sortilegio, su mar sonoro y su niebla fosforescente nos apartarán del mundo de las diarias apariencias, y sólo quedará, para nuestro espíritu absorto, la esencia pura de la luz y la música del mundo.

¿No es en la embriaguez donde hallamos la piedra de toque para la suprema poesía lírica, como en el sentimiento de purificación para la tragedia? No basta la perfección, acuerdo necesario de elementos únicos: podemos concebir poesía perfecta, de perfección formal, de nobleza en los conceptos, sin el peculiar acento del canto; pero la obra del cantor, del poeta lírico, cuando la recorremos sin interrupción, debe darnos transporte y deliquio.

Y el poeta de *Arias tristes* y de *Eternidades* sabrá darnoslos, si sabemos leerle, como a los líricos genuinos, página tras página.

## I

RECÓNDITA ANDALUCÍA... Nuestro incomparable Rodó supo definir, en dos palabras, uno de los secretos de Juan Ramón Jiménez, su Andalucía interior. Rubén Darío lo sorprendió también: «Lírico de la familia de Heine, de la familia de Verlaine,—le llama,— que permanece no solamente español, sino andaluz».

Nada hay en Jiménez, ya se ve, que corresponda a la noción vulgar sobre el mediodía de España. Nada de la Andalucía pintoresca, cuya tradición se remonta a los romances, a los cuentos moriscos, y dura todavía en la literatura del patio

(\*) La base del estudio es el volumen de *Poesías escogidas (1899-1917)* de Juan Ramón Jiménez, edición de la Sociedad Hispánica de América, Nueva York, 1917. Contiene, en trescientas cincuenta páginas, la colección, cuidadosamente ordenada y fechada, de lo que el poeta estima como más representativo en su obra. Sus principales volúmenes de versos son *Rimas* (1902), *Arias tristes* (1903), *Jardines lejanos* (1904), *Pastorales* (1905), *Olvidanzas* (1907), *Poemas Mágicos y dolientes* (1909), *Elegías* (1908), *La soledad sonora* (1908), *Laberinto* (libro de 1911; publicado en 1915), *Melancolía* (1911), *Sonetos espirituales* (de 1914 y 1915, publicado en 1917), *Estío* (de 1915, publicado en 1916), *Diario de un poeta recién casado* (prosa y verso, de 1916; publicado en 1917). Todos estos están representados por secciones en las *Poesías escogidas*; pero hay otras secciones que corresponden a libros no publicados.

En prosa, junto al *Diario*, ha publicado Jiménez *Platero y yo* (selección en 1915; edición completa en 1917), uno de los libros más encantadores de la moderna literatura española. Creo que, a pesar de los aplausos que se le tributan, aún no se sabe apreciar todo lo que significa *Platero y yo*: su tono de ingenuidad perfecta, su fantasía delicada, su prosa límpida, apenas tienen precedentes en castellano.

y la reja, de la mantilla y la guitarra. Pero sí hay mucho de la recóndita, que existe frente a la exterior, frente a la pintoresca: contradiciéndola al parecer; en verdad completándola y superándola.

La Andalucía recóndita tiene también su tradición, digna de gloria única. Suyos son el acento sentimental de Fernando de Herrera en sus elegías



JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

(Visto por JOAQUÍN SOROLLA Y BASTIDA).

y sus sonetos delicados; el patético amor a las flores, en Rioja; el dón de finos matices, en Pedro Espinosa; en parte, la penetrante música de Góngora en sus romances y villancicos. Suyo es Bécquer. Suyas son, hoy, las mejores inspiraciones de Manuel Machado.

Suyo es Jiménez, por la sensibilidad aguda, fina y ardiente, para las cosas exteriores tanto como para las cosas del espíritu. Los ricos colores del Mediterráneo, el cielo esplendoroso, los huertos, las fuentes, la herencia del lujo morisco y de las elegancias renacentistas, todo eso lo imaginamos como ambiente donde se educan los sentidos del poeta. Y el melódico deli-

quio, la melancolía y la pasión de los cantares del Sur («la música triste que viene en el aire»), fluyeron gota a gota en su espíritu.

## II

LA obra de Jiménez se inicia temprano y desde temprano es perfecta: pasan rápidamente los tanteos de la adolescencia,—la hora impersonal, en que se buscan orientaciones a través de campos ajenos,—y bien pronto el poeta se define, con notas líricas, puras, francas, de melodía simple, muchas veces repetida. Es la primera «manera», que alcanza su culminación en *Arias tristes*. Versos de romance tradicional, límpidos, cristalinos, sobre sentires melancólicos,—inacabable suspiro juvenil que a veces se resuelve en sonrisa:

*Francina ¿en la primavera  
tienes la boca más roja?  
La primavera me pone  
siempre más roja la boca...*

pero no más menudo se desata en lágrimas:

*Lloró de amor, con un aire  
viejo, que estaba cantando  
no sé quién, por otro valle...  
—Voz que me hace, otra vez,  
llorar por nadie y por alguien...  
—Vengo detrás de una copla  
que había por el sendero,  
copla de llanto, fragante  
con el olor de este tiempo...*

Y hasta se mezclan llanto y sonrisa, como en el más delicioso de sus *Jardines lejanos*:

*Tú me mirarás llorando  
y yo te diré: No llores...  
Y yo me sonreiré  
para decirte: No es nada.*

No nos engañe esta sencillez: estas *Arias tristes* esconden sabiduría, como las *Arias* de Mozart, como los *lieder* de Schubert; como sus antecesores en la tradición española, los romancillos de Góngora:

*Dejadme llorar...  
Llorad, corazón...*

Pero, si la sencillez no debe engañarnos, sí debe sorprendernos, porque la encontramos en la juventud del poeta,—poeta que, como lo indican sus ensayos iniciales, ahora sepultos en rarísimas ediciones, había conocido ya el caudal poético lanzado a la circulación por Rubén Darío. Limitarse voluntariamente a formas simples y ritmos elementales, como lo hizo Jiménez, cuando al alcance de la mano juvenil tenía cien complejidades tentadoras, es indicio de precoz maestría y dominio de los propios recursos artísticos. De